II. *EL SIGNIFICADO PRAGMÁTICO: CHARLES SANDERS PEIRCE*

El pragmatismo tiene un doble aspecto. Es de interés como tendencia temperamental entre los filósofos; esto es patente particularmente en la filosofía de William James. También es interesante como conjunto de respuestas técnicas a un grupo de preguntas técnicas dentro de la zona general de la teoría del conocimiento. El problema central al cual el empirismo pragmático intentó darle respuesta fue: "¿Qué es una idea?" Ya hemos visto que los pragmatistas rechazaban la respuesta de los realistas de que una idea es una presentación de la realidad y la respuesta de los idealistas de que una idea es una representación o copia de la realidad. Ambos, los pragmatistas y los idealistas, consideraban la universalidad de una idea como una generalización, no como una abstracción. Los pragmatistas, sin embargo, hacían una pregunta más por la cual los idealistas no se preocupaban. Los pragmatistas querían saber por qué generalizamos. A esta inquisición le daban respuesta en términos del modo como una idea, o universal, funciona dentro de la experiencia. Su última respuesta a la pregunta relativa a la naturaleza de una idea se daba en términos de lo que una idea *hace*, y no de lo que *es*. Para los pragmatistas una idea funciona dentro de la vida como plan de acción. El valor de una idea es su buen éxito como plan para llegar, en una situación particular, adonde queremos llegar.

Entre aquellos para quienes el pragmatismo fue una disciplina técnica, un método de llevar adelante una parte de la empresa filosófica, descuella Charles Sanders Peirce. Aunque la suya fue

una de las mentes "originales" del pensamiento norteamericano, no tuvo la fácil fertilidad de especulación que podría uno pensar, como progenitor de cosas novedosas. Cuando en 1897 le escribió a James explicando por qué para él era tan difícil cambiar sus intenciones con respecto a un curso de conferencias que iba a dar, declaró que su filosofía no era "una 'idea' que 'me desborde'; es una indagación seria hacia la cual no hay ningún camino real".²¹ Otra de las dificultades de Peirce era que su método típico de acometer cualquier problema era mitad severo y serio, mitad irónico y jocoso. Muchas veces emprendía una discusión de algún tema en tono serio, y luego su vena humorística prevalecía y remataba la discusión. Esta variación le hacía ser difícil de entender desde el estrado de las conferencias, y todavía contribuye a la dificultad de leer sus obras.

Además, por motivos al mismo tiempo serios y juguetones, fue un inventor crónico e incurable de términos nuevos y a menudo bárbaros. Su razón seria para propugnar y practicar la creación de vocabularios, era que las palabras empleadas por los pensadores despreocupados de la vida cotidiana llevan consigo al uso técnico todos los alcances relajados de la asociación de su uso erróneo y por consiguiente pierden su utilidad técnica. Exigía de cada ciencia que tuviera "una nomenclatura técnica adecuada... cuyos vocablos no tengan tal dulzura ni encanto que pudiera inducir a los escritores negligentes a abusar de ellos",²² lo mismo que un método aprobado para acuñar términos nuevos y asegurar la aceptación de éstos entre los hombres de ciencia. El término "pragmatismo" fue una de sus creaciones; cuando juzgó que se había usado demasiado despreocupadamente para ser íntegramente fidedigno, inventó para sustituirlo el término "pragmaticismo", con la esperanza de que la nueva acuñación fuera lo bastante fea para que se desistiera de su apropiación en el uso del habla cotidiana. Por último, en una época en que, en los Estados Unidos, el estudio de la lógica más allá de sus elementos más simples era sumamente raro, fue uno de los rasgos distintivos de Peirce el ser un lógico superior y creador, que avanzó hasta nuevas fronteras en la lógica simbólica. Por todos estos motivos, Peirce no recibió ni el reconocimiento que merecía su obra ni el auditorio que ameritaba su pensamiento.

Como pensador evolucionista, primero en la vena de la filosofía romántica de la naturaleza de Schelling —una de las prime-

ras y persistentes influencias en el pensamiento de Peirce— y posteriormente con una inclinación darwiniana, Peirce cobró interés por la ley de la formación de hábitos. Enunciada escuetamente, su creencia era que el universo forma hábitos, generaliza, y se vuelve cada vez más y más ordenado. La vida, a diferencia de la conducta meramente mecánica, es la caída en pautas de orden; las leyes físicas son hábitos de menos inclusividad que las leyes de la organización vital. Por cuanto los seres humanos propenden a desenvolver hábitos, exhiben en su vida la pauta generalizadora que es característica de toda vida. En la actividad mental, hay una ley fundamental y primaria, que es que el pensamiento es una tendencia a la generalización. Las ideas “se reproducen a sí mismas”, ocupan más y más territorio, se vuelven cada vez más inclusivas. Las sensaciones de comodidad o incomodidad en cualquier parte del cuerpo tienden a extenderse, hasta que sentimos comodidad o incomodidad en todo el cuerpo. Las relaciones entre las sensaciones, y las asociaciones entre las ideas, tienden a producir sensaciones nuevas e ideas novedosas. En todas estas formas la mente crece por medio de la generalización. Cuando hay algún trastorno, que crea nuevas pautas de relaciones y a la postre nuevas sensaciones e ideas, nos sentimos conscientes de que hemos ganado algo, y cuando sobreviene otro trastorno, nos inclinamos a asimilarlo con el anterior, y a comenzar así la formación de un nuevo hábito. “Las sensaciones, al ser excitadas, se vuelven más susceptibles a la excitación, especialmente en las formas como han sido excitadas anteriormente.”²³ Se desenvuelve en nosotros el hábito de corresponder. Nuestra conciencia de tal hábito de corresponder constituye una “concepción general”, una idea o un universal.

El proceso generalizador que se ha expuesto no ocurre en una “mente” separada y distinta en alguna forma de los nervios y los músculos, y, en general, del cuerpo. Cuando hay algún estímulo (externo o interno), a un grupo particular de células nerviosas, el ganglio o tejido en el cual están localizadas las células nerviosas, conectado más estrechamente con ese grupo de células nerviosas, es irritado y entra en actividad. Esta actividad ocasiona movimientos de partes del cuerpo que son gobernadas por ese ganglio. Si se continúa el estímulo de las células nerviosas, como en un cosquilleo prolongado, la irritación no se circunscribe a ese solo ganglio, sino que se propaga de un centro a otro a tra-

vés de todo el cuerpo, aumentando generalmente de intensidad al propagarse. Los movimientos de las otras partes del cuerpo son inducidos por la propagación de la irritación. La correspondencia se ha generalizado en los nervios y músculos. Quizás, también, la fatiga debilite o detenga la actividad de las partes estimuladas primero; si el estímulo continúa, la respuesta de las partes que no se han cansado continuará mucho después que la actividad cese en las partes estimuladas directamente. Por último, cuando por alguna razón el estímulo cesa completamente, la actividad cesa casi inmediatamente. De esta explicación fisiológica y neural de la respuesta del organismo al estímulo, Peirce infería que, como quiera que sea estimulado un nervio, la acción refleja que se provoca, si en su primera forma de actividad no logra detener la irritación, cambiará una y otra vez sus manifestaciones orgánicas hasta que a la postre consiga detener la irritación.

Hemos visto que "todos los procesos vitales propenden a facilitarse en la repetición".²⁴ Si ha habido una "descarga" de energía nerviosa en un terreno determinado, aumenta la probabilidad de otra descarga sobre ese mismo terreno. Si, pues, se repite la misma irritación de los nervios —permítasenos pensar de nuevo en el cosquilleo— todas las conexiones y todos los actos que han ocurrido a consecuencia del estímulo primitivo tienen mayor probabilidad de ocurrir en la segunda ocasión. Supongamos una repetición reiterada del estímulo. De los muchos actos posibles que pueden provocarse, sólo el que pone fin a la irritación es seguro que ocurrirá cada vez. Los otros actos pueden haber ocurrido o no, pero puesto que el acto continúa en formas cambiantes hasta que la irritación se detiene, ese acto final tiene que haberse realizado cada vez. Con cada repetición, es cada vez más probable que este acto se ejecute pronto, porque se habrá establecido "un fuerte hábito de responder a la irritación dada en esa forma particular".²⁵ Cuando se ha desarrollado un hábito de esta índole, es posible decir que nuestra reacción a ese estímulo se ha generalizado, o, para decirlo de otro modo, no reaccionamos ante el hecho particular sino ante sus probables consecuencias. La "idea" del estímulo, o su "significado", es su consecuencia en nuestra conducta. Estas ideas, estos significados, son universales que no son meramente nombres de una cualidad común abstraída de las cosas, ni entidades existentes en algún campo no natural. Sí existen, objetivamente, "entre las cosas". Son hábitos de natu-

raleza. La naturaleza puede formar y forma hábitos, pero no tan libremente como el ser orgánico. "Lo que llamamos materia", decía Peirce, "no está completamente muerto, sino que es sólo la mente cercada por los hábitos".²⁶ La teoría de los universales de Peirce data del realismo medieval de Duns Scotus (1266-1308), aunque es probable que el conocimiento que Peirce tuvo de las obras de Scotus haya sido muy superficial.

Cuando quiera que un acontecimiento o un estímulo tiene una creencia como consecuencia, tiene una idea o significado. El estímulo o acontecimiento es, pues, el signo del significado. En acción, las ideas son creencias; las creencias son planes de acción. La teoría del conocimiento, de Peirce, no empieza, como la de Descartes y sus partidarios, con la duda; tampoco comienza con la sensación, dentro de la tradición lockeana. Comienza con la creencia, y la creencia está relacionada estrechamente con la conducta. Cuando llegamos a la discusión de la creencia y el significado, hemos llegado al corazón del pragmatismo de Peirce, porque para él el pragmatismo es un método que conduce a la solución del problema del significado. Para Peirce el significado de un concepto debe interpretarse en términos de conducta, no de sensación. Si deseamos descubrir el significado de nuestra concepción de cualquier objeto, decía Peirce, debemos "considerar qué efectos, que concebiblemente podrían tener sentidos prácticos, concebimos que tenga el objeto de nuestra concepción. Luego nuestra concepción de esos efectos es el todo de nuestra concepción del objeto".²⁷ Los efectos de que hablaba Peirce no eran, sin embargo, las "consecuencias razonables particulares" a las cuales (como veremos en la sección siguiente), se refería James en su discurso de California en 1898. Son consecuencias generales y activas, porque, como Peirce seguía diciendo, "la sustancia intelectual íntegra de cualquier símbolo consiste en el total de todas las modalidades generales de la conducta racional que, condicionalmente a todas las diferentes circunstancias y deseos posibles, seguirían a la aceptación del símbolo".²⁸

A Peirce le conmovía el hecho histórico de que algunos problemas intelectuales se resuelven a la par cuando el progreso del conocimiento humano suministra material para la solución, en tanto que otros problemas quedan permanentemente insolutos. Entre las preguntas difíciles permanentemente insolutas se incluyen incógnitas como "¿Son mente y materia esencialmente dife-

rentes la una de la otra?" y "¿Hay un alma inmortal?", y otras de la misma índole. Peirce preguntaba si los problemas de esta índole estaban puramente insolutos, esto es, si la falla estaba en la deficiencia de nuestra técnica de resolver los problemas; o si eran insolubles, es decir, si los problemas en sí tenían falla. Un problema verdadero debe ser susceptible de solución, aunque en el momento presente esté insoluto. Si no es soluble, una incógnita no es problema porque no es significativa, porque no tiene significado. Una pregunta insoluble es una pregunta falta de significado expresada en la forma literaria de un problema. Peirce la llama "seudoproblema". El llamado "problema" excluye la posibilidad de su solución, porque su sujeto, su tema, es absolutamente "incognoscible", en la experiencia humana al menos. Para excluir los seudoproblemas de toda consideración en su filosofía, Peirce elaboró una regla que especifica las condiciones bajo las cuales el lenguaje que usan los hombres tiene significado. El significado que le preocupa es, por supuesto, el significado objetivo, público, "las modalidades generales de la conducta racional" que son las consecuencias de los términos del lenguaje. El contenido y efecto psicológicos, individuales, de los términos, que fueron la preocupación de William James, llevarían a una solución particular de los problemas en estudio, y para Peirce una solución particular no es solución de ningún modo.

Por lo que atañe a los elementos del lenguaje, la norma pragmática del significado señalada por Peirce requería que cualquier término o palabra que designase un objeto debía ser definible de tal modo que el objeto significado por el término sea identificable en la experiencia. En la repetición del sufijo "ible-able" tenemos la referencia congruente al futuro de todos los pragmatistas. Para definir una palabra significativamente, debemos describir las condiciones experimentales que le permitirían a cualquiera descubrir en su experiencia el objeto al cual se refiere el término. Si hacemos esto, establecemos una norma de acuerdo y de inteligibilidad universal. El valor de una norma de esta índole es evidente cuando consideramos cuán benéfica sería en nuestra época una definición pública y universal de términos como "libertad", "agresión" y "democracia". No es de asombrar que en nuestra época la importante empresa intelectual llamada "semántica" haya tratado de elaborar una teoría más crítica del uso del lenguaje siguiendo los lineamientos de Peirce. Para que las ora-

ciones y las proposiciones fuesen significativas, Peirce exigía que los términos de que están compuestas fuesen a su vez significativos, y que la verdad o falsedad de las aseveraciones fuese capaz de investigación por medio del uso de métodos científicos. El significado de una aseveración, pues, consiste en la suma de sus consecuencias verificables, en lo cual por verificable entendemos la posibilidad de investigación de una manera comparable a la de un laboratorio científico. Ahora podemos regresar a nuestro punto de partida, la pregunta "¿Cuándo es significativo un problema?" Para Peirce, un problema es verdadero, significativo, tiene contenido, si las posibles respuestas a él son aseveraciones experimentalmente verificables.

El pragmatismo de Peirce entraña una teoría del significado que es efectiva; sus definiciones son, como él dice, preceptos. La definición de una palabra encamina al investigador hacia el objeto denotado por la palabra. "La significación racional de una palabra u otra expresión está exclusivamente en su relación concebible con el rumbo de la vida."²⁹ Similarmente, la asociación de la falta de significado de una aseveración con la posibilidad de probar experimentalmente que es verdadera o falsa, equivale a decir que una aseveración significa que "si una regla dada para un experimento puede ser realizada alguna vez y es realizada alguna vez en un acto, redundará en una experiencia de una explicación dada". El significado así dado será siempre una aseveración general, condicional en su forma; es "la descripción de todos los fenómenos experimentales lo que virtualmente predice el enunciado de la proposición".³⁰

La aseveración más sencilla hace una predicción ilimitada de resultados experimentales. Como lo señaló Peirce, decir puramente de una piedra particular que es dura, es predecir que *cuan-do quiera que, y por muy a menudo que* cierto experimento probatorio, digamos, raspar, se realice sobre esa piedra, la prueba no logrará rayar la piedra. Puesto que hay una serie ilimitada de operaciones probatorias encerrada en toda aseveración, "el significado racional de toda proposición está en lo futuro".³¹ Racionalmente, pues, y con nuestros ojos en lo futuro, dos aseveraciones que son verbalmente diferentes, pero que tienen las mismas consecuencias verificables, tienen un mismo significado y son, en consecuencia, lógicamente idénticas; dos aseveraciones que son verbalmente semejantes, pero que tienen diferentes consecuencias

verificables, tienen significados diferentes y son, por tanto, lógicamente distintas. Peirce formuló el discernimiento central de su teoría pragmática del significado de varios modos. En ninguna de esas expresiones hay ninguna modificación del aspecto de su teoría que mira hacia adelante. Algunas veces parece menos preciso que otras al especificar que el funcionamiento que identifica a un significado debe ser un funcionamiento de laboratorio. Parecía ser casi jamesiano cuando decía: "Nuestra idea de algo es nuestra idea de sus efectos perceptibles."³² Más a menudo, empero, sus aseveraciones están redactadas cuidadosamente a modo de encajar en la interpretación que hemos dado. Insistía en que "la función cabal del pensamiento es producir hábitos de acción... Lo que una cosa significa son sencillamente los hábitos que entraña."³³ Su teoría del significado está relacionada estrechamente en su filosofía con la discusión evolucionista de la naturaleza del hábito, a la cual ya nos hemos referido.

Peirce tuvo cuidado de señalar que su pragmatismo conducía hacia una teoría del significado, hacia un interés por el significado de las ideas y no necesariamente por su verdad. "La batería de mi coche está descargada" es una aseveración significativa porque puede traducirse en una aseveración condicional general que disponga que se realice una serie de pruebas experimentales. No es necesariamente una aseveración verdadera, porque la realización de esas pruebas experimentales puede demostrar que mi batería es capaz de hacer que mi coche arranque. Debemos tener cuidado de hacer la distinción entre significado y verdad especialmente en este contexto, porque, para William James, el pragmatismo sí lleva a una teoría de la verdad. No ha de considerarse esto como una diferencia grande entre Peirce y James; el título del libro en el cual James explica su teoría de la verdad es *El Significado de la Verdad*. James hace una aplicación particular de la teoría del significado de Peirce (como él la entendía), al término "verdad" y a las aseveraciones que afirman la verdad de algo. La diferencia entre Peirce y James proviene, más bien, de la preocupación de Peirce por las consecuencias generales, efectivas, de cualquier aseveración y de la preocupación de James por las consecuencias particulares, perceptibles.

Por supuesto, Peirce sí tenía una teoría de la verdad que se ve indicada claramente en su exposición de cómo fijamos nuestras creencias. Nos empeñamos en un proceso de razonamiento,

señalaba, con el fin de extender nuestro conocimiento de algo que conocemos a algo más que no conocemos. El razonar es bueno si nos lleva de premisas ciertas a una conclusión cierta. Pero el hombre no es un animal lógico y, por tanto, aunque en algunas ocasiones pueda razonar correctamente y llegar a conclusiones que son ciertas lo mismo que satisfactorias, en la parte mayor no es la verdad ni la falsedad de las conclusiones particulares lo que le lleva a considerar como buena cierta porción de razonamiento. Hay un "hábito de la mente, ya sea constitutivo o adquirido"³⁴ que nos lleva a sacar un grupo de inferencias y no otro de un grupo de premisas. Es este hábito lo que llamamos bueno o malo, según sea que en general produzca conclusiones ciertas. Si el hábito de la mente es tal que generalmente lleva a la interencia de conclusiones verdaderas sacadas de premisas verdaderas, decimos que una inferencia particular es válida sin consideración de su verdad, por cuanto fue hecha con apego a un "principio guiador", o fórmula, que expresa la índole del hábito determinante. Observamos en este aserto el efecto de la preocupación de Peirce por el hábito o pauta general contra el caso particular. Conocer esos principios guiadores es tener bases macizas para nuestras afirmaciones de las creencias.

Hay, sin embargo, una presunción que precede a cualquier aplicación de estos hábitos de inferencia, a saber: "Que hay estados de la mente tales como la duda y la creencia: que es posible el paso de la una a la otra, sin que se modifique el objeto del pensamiento."³⁵ Hay una diferencia práctica entre la duda y la creencia, así como hay una diferencia entre la sensación que tenemos cuando dudamos y la que tenemos cuando creemos. La creencia, como lo hemos señalado antes, está asociada con la acción, en tanto que la duda no tiene tal efecto. "La sensación de creer es un indicio más o menos seguro de que hay establecido en nuestra naturaleza algún hábito que determinará nuestros actos."³⁶ Otra diferencia entre la duda y la creencia es insinuada por nuestra forma de explicar un estímulo irritante. La duda sirve como irritante que no se apacigua hasta que se llega a un estado de creencia. La creencia es un "estado calmado y satisfactorio" que no deseamos cambiar. "Nos adherimos tenazmente, no sólo a la creencia, sino a creer justamente lo que de veras creemos."³⁷ Peirce emplea la palabra "indagación" para significar la lucha por cambiar de un estado de duda a un estado de

creencia. En la mayor parte, sean cuales fueren nuestras pretensiones, Peirce insiste en que no nos preocupa la verdad de lo que al fin creemos, sino solamente el hecho de que al fin creemos. En el mejor caso, "buscamos una creencia que *pensaremos* que es verdadera."³⁸ Cuando no hay duda verdadera no hay indagación; donde hay creencia es inútil intentar proseguir más la indagación. La indagación sirve al propósito de fijar la creencia.

Al primer método de la fijación de la creencia Peirce le llamaba "el método de la tenacidad." Entraña la reiteración de una respuesta particular a nuestra inquisición, hasta que se ha establecido firmemente un hábito de contestar esa pregunta. Concomitantemente, hay una negativa deliberada a enfrentarse o a escuchar cualquier otra respuesta. Es éste un método de uso muy común, declara Peirce, y tiene la ventaja de producir "gran paz de la mente", especialmente porque el creyente se negará con firmeza a reconocer las inconveniencias de su creencia. Por supuesto, éste no es un método racional de fijar la creencia, pero puesto que es un estado de creer y no la racionalidad aquello a lo que aspiran los usuarios del método, éste puede ser eficaz por algún tiempo y por tiempo limitado. Como regla general el impulso social obra contra el buen éxito permanente del método de la tenacidad. Cualquier individuo que no fuese un ermitaño tendría que ser por demás obstinado en mantener su creencia particular contra la de todos los demás con quienes esté en comunicación.

Dado que hay una interacción de creencias y opiniones, hay necesidad de un método de fijar creencias para la comunidad más que para el individuo. El método de autoridad se idea para hacerle frente a esa necesidad. Es superior al método de la tenacidad individual y ha tenido mucho mayor eficacia. En la práctica equivale a la tenacidad mantenida por el Estado u otro grupo organizado más que por el individuo. Esto lo admite Peirce como, posiblemente, el mejor de los métodos para el conjunto de la especie humana, pero la descripción que hace del funcionamiento de este método es repulsiva en extremo. Describe un proceso de "regulación totalitaria del pensamiento" instituida por el Estado u otra potencia, empleando el terror y la inquisición, crueles atrocidades y matanza de los disidentes como armas, una vez que tiene el poder. Este método, añadía, "ha sido, desde los primeros tiempos, uno de los medios principales de sostener las doctrinas teológicas y políticas correctas".³⁹ Sin embargo, ninguna institu-

ción así puede fijar la creencia en todos los sujetos y en todos los aspectos de cada cual. Sólo pueden atenderse las creencias centrales y más importantes y, para las demás, debe dejarse a los hombres a sus propios recursos. Para el conjunto de la especie humana interrogante, no hay necesidad de ningún método, más allá del de la autoridad.

En toda sociedad se encontrará quienes busquen un método más adecuado de fijar sus creencias. Tienen conocimiento suficiente para ver más allá de lo estrictamente local y temporal, y suficiente integridad intelectual para poder admitir que otras sociedades pueden producir opiniones de valor, al menos tan elevadas como las que se produzcan en su propia sociedad. No pueden aceptar ni el capricho del método de la tenacidad ni la arbitrariedad del método de la autoridad. Al buscar la manera de resolver sus dudas, idean el método de la discusión, por medio del cual los hombres, consultando y conversando juntos, crean en cada cual un impulso de creer y también determinan lo que van a creer. Las creencias a que se llega por este método han sido característicamente desligadas de la experiencia, pero son "agradables a la razón". Ha sido éste el método tradicional de la "filosofía metafísica". A pesar de su larga historia y su respetabilidad intelectual, las fallas de este método han sido señaladas muy claramente, porque hace de la indagación un asunto de desenvolvimiento del gusto. Las creencias son determinadas todavía por las preferencias humanas, no por "alguna permanencia externa —por algo sobre lo cual nuestro pensamiento no tiene efecto".⁴⁰

La búsqueda de un método adecuado de fijar las creencias condujo al fin hacia el método de la ciencia, en el cual la "permanencia externa" consiste en el hecho de que el origen de nuestra creencia es público, no restringido a un individuo o grupo particulares, sino abierto a todos los hombres. El efecto puede diferir de individuo a individuo, pero el método debe llevar a todos a una misma conclusión. Es éste el solo método que Peirce consideraba digno de seguirse. Solamente en términos del método científico es la creencia más que privada. Una idea se vuelve clara hasta donde sus consecuencias pueden ser dichas a alguna otra mente, con quien compartimos los planes de acción, al menos hasta el grado en que empleamos los mismos términos para definir creencias que tienen las mismas consecuencias. Las mentes que se comunican entre sí de esta manera constituyen una comu-

nidad; el mejor ejemplo de tal comunidad puede encontrarse en el laboratorio científico. Concediendo que hay una comunidad de laboratorio, tenemos una definición implícita de la Verdad: son verdaderas las creencias en que estaría acorde una comunidad infinita de sabios de laboratorio que llevaran la investigación suficientemente lejos. La necesidad de una comunidad infinita y de una continuación indefinida de la indagación estará clara, si se recuerda que la más sencilla de las aseveraciones entraña un número ilimitado de predicciones experimentales. A esta idea de la naturaleza ideal de la verdad Peirce le daba el nombre de "sentido común crítico". Para cualesquier necesidades humanas parciales y finitas de fijar nuestras creencias, no sería necesario saber si, en este remoto sentido, la creencia es verdadera; todo lo que tenemos que saber es si es útil someter nuestras ideas a la comunidad de laboratorio para investigarlas. A la par esto depende de los procedimientos que hayamos usado en nuestra indagación de cómo hemos sacado nuestras inferencias. "Como todo conocimiento viene de inferencias sintéticas, debemos también inferir que toda certeza humana consiste meramente en que sepamos que los procesos por los cuales se ha derivado nuestro conocimiento son tales que generalmente deben de haber llevado a conclusiones verdaderas."⁴¹

A Peirce le interesaba especialmente lo que puede llamarse el segundo grado de la formación de hábitos. Hemos visto que cualquier generalización es un hábito. Peirce quería comprender el hábito de la generalización, el hábito de formar ideas generales. Los procesos lógicos tradicionales de inducción y deducción, que estudió cuidadosamente, no le parecía que condujeran a ideas nuevas. Pero distinguía y nombraba un tercer proceso lógico, al que llamaba "abducción". Insistía en que la "insinuación abductiva nos llega como un resplandor instantáneo. Es un acto de *discernimiento*."⁴² Una abducción es una hipótesis que une nuestras observaciones, por lo demás inconexas. La abducción no tiene ni la necesidad lógica del razonamiento deductivo ni la exactitud realista de la inducción. Es puramente la insinuación de una posibilidad. De la inducción puede decirse que conduce hacia leyes de la naturaleza; la abducción conduce sólo hacia hipótesis. Hay una continuidad en la inducción; la conclusión es una inferencia de que en casos como los que se han observado podrán observarse fenómenos similares. En la abducción hay disconti-

nuidad; la conclusión insinúa una explicación en términos de "algo de una clase diferente de lo que hemos observado directamente, y con frecuencia algo que para nosotros sería imposible observar directamente".⁴³ No podemos tener ninguna garantía de certeza acerca de una hipótesis abducida. No podemos estar seguros de que resultará eficaz para explicar lo que se sugiere que ha de explicar. Como en la "voluntad de creer", de William James, de la cual hablaremos en la sección siguiente, en la abducción se entra por desesperación pragmática, "su justificación es que es la única esperanza posible de regular racionalmente nuestra conducta futura".⁴⁴

Al concentrar nuestra exposición en un aspecto de la filosofía de Peirce, su pragmatismo, hemos sido quizás injustos con otros aspectos más especulativos de su filosofía y su carácter. Lo que aquí hemos hecho es esbozar los fundamentos de uno de los sistemas filosóficos más sugestivos que han sido intentados por un escritor norteamericano. Hay más justificación de lo incompleto de esta disertación en el hecho de que Peirce mismo no completó la obra que proyectaba. La mayoría de los filósofos son de poca importancia aun medio siglo después que se ha realizado su obra. Son sólo los más grandes aquellos cuyas ideas perduran y aun aumentan de importancia siglos después que sus autores han muerto y en lugares lejanos de donde ellos vivieron y trabajaron. El que hoy se sepa y estudie de Peirce en los Estados Unidos y en Europa, más que cuando él vivía, es quizás un indicio de que cuando se emitan los votos de la posteridad —el futuro en el cual Peirce estaba tan dispuesto a confiar— se le catalogará junto a los pocos que alcanzan verdadera inmortalidad en sus ideas.